**Capítulo 23. Estambul. 12 de agosto de 2012. 00.15 horas**

Hacia las doce y algo la oscuridad se cernió sobre el foco luminoso que preocupaba a Juscelino. Una línea luminosa brilló bajo la puerta delantera y ésta se abrió dando paso a dos figuras. Los vigilantes se aproximaron al edificio. Uno de ellos los acompañó a la salida mientras el otro apagaba la luz y cerraba la puerta.

<<¡Menos mal!>>, suspiró Juscelino. <<¡Dos menos!>>.

Siguió transcurriendo el tiempo. Tenía los músculos cada vez más entumecidos. Consultó nuevamente el reloj. La aguja del minutero indicaba que pasaban unos minutos de la una. <<¡Ya queda poco para entrar en acción!>>.

De inmediato experimentó como su corazón iniciaba un latido frenético y sus pulsaciones se aceleraban. Su cuerpo se cubrió con un sudor frío, sus manos ardían. Eran los instantes previos a actuar. Siempre le sucedía así. Su tensión encontraba vías de escape, su adrenalina fluía como la corriente incontrolada de un río en un tramo de rápidos. Pasados unos minutos, su organismo retornaba a la normalidad y su mente se hallaba clara y despejada. La sangre fría se apoderaba de su cuerpo y sus delicadas manos, provistas de ágiles dedos, estaban frías como el cristal.

 A las dos menos cuarto se hallaba listo para actuar. Palpó la mochila y los objetos guardados en el interior. El roce lo tranquilizó más. Observó con más detenimiento, entre el follaje, a los dos guardianes ya en las proximidades del primer museo. Se enderezó y escudriñó la penumbra, taladrándola con sus ojos verde esmeralda. Escuchó unos golpes en la puerta y, acto seguido, el chasquido del mecanismo de apertura. El vigilante que había tocado con los nudillos desapareció en el interior. Juscelino esperó a que el otro le diera la espalda y se aproximó con el sigilo de un depredador por el trazado libre de alarmas. Al llegar a su altura, se abalanzó sobre él, incrustándole en el rostro un pañuelo bañado en narcótico. El vigilante se desplomó en sus brazos. Sin perder un segundo, lo arrastró hasta un sarcófago de piedra cercano. Le quitó la chaqueta y el pantalón, lo ató y amordazó. Había comenzado a vestirse con las prendas obtenidas, cuando sus finos oídos percibieron el sonido que precedía a la apertura de la puerta. Juscelino dejó los pantalones a un lado, se ajusto la chaqueta y se caló la gorra. Salió al patio dando la espalda al vigilante. Percibió sus pisadas y algunas palabras que le dirigía. En el preciso momento en que lo sintió justo detrás de él, se dio la vuelta y lo silenció como a su compañero. Una buena dosis de desflurano era suficiente para mantenerlo inconsciente durante unas horas. Lo arrastró a su vez tras el sarcófago y lo inmovilizó. Terminó de vestirse, desconectó los móviles, inspiró hondo y cruzó el patio hasta el pórtico del Museo Arqueológico. <<Ahora viene la parte decisiva. No puedes fallar>>, se dijo.

 Cerró la mano derecha sobre sí misma y tocó con los nudillos en la superficie de la puerta. Pasaron unos segundos interminables hasta que ésta se entreabrió unos centímetros dejando escapar un “clic”. Agarró el pomo con decisión y empujó la hoja el espacio suficiente para dejarle paso. Penetró con rapidez y se dio la vuelta para cerrar. En una fracción de segundo había situado al vigilante junto al mando de apertura, como era de esperar. La distancia que los separaba era corta, pero no lo suficiente para que el vigilante no advirtiese la suplantación y tuviese tiempo de emitir un grito o dar la alarma. Juscelino asió con la mano derecha un arma, de la que había desposeído a uno de los vigilantes exteriores y giró de improviso encañonándolo al tiempo que lo instaba a levantar los brazos. El vigilante, adormilado por la hora y el tedio del trabajo, no tuvo energía ni capacidad de reacción. Manso como un cordero, obedeció las órdenes de su atacante.

—¡Desconecta la alarma y abre la puerta del almacén! ¡Rápido! ¡A la mínima tontería, eres hombre muerto!

El vigilante levantó los brazos mientras Juscelino se aproximaba apuntándolo con el arma. Cuando desvió unos instantes la mirada para observar la puerta de acceso al almacén, el vigilante, aún sorprendido por la inusitada situación, reaccionó como si hubiera recibido un cubo de agua fría e intentó disimuladamente alargar una mano hacia el botón y dar la alarma. Juscelino, bien informado por Ismet de lo que eso significaba, gritó:

—¡No se te ocurra tocar ese botón! —le dijo, mientras seguía apuntándolo—. Ve al cuadro de la pared y teclea la clave que abre el almacén.

El vigilante hizo lo que le pedía.

—¡Ahora baja! —ordenó Juscelino.

El vigilante inició el descenso, seguido por su atacante. Ambos desembocaron en una amplia sala que parecía no tener fondo, llena de estatuas, cerámicas, vitrinas y cajas. Juscelino levantó la pistola y le propinó un golpe seco. Lo ató y, una vez amordazo, lo empujó hacia un rincón. Anuló su teléfono antes de recorrer a buen paso el sótano. Sorteó esculturas y diversos objetos hasta dar con la mesa que contenía el mapa. Cortó limpiamente el cristal con un diamante engarzado en un anillo que siempre llevaba consigo, y se apoderó de la tela. La enrolló cuidadosamente antes de introducirla en su mochila y retroceder. Corrió hasta las escaleras. Ascendió los peldaños de dos en dos, cruzó el vestíbulo y salió al patio. Caminó decidido hacia la salida y se apresuró a alejarse del Museo.

Juscelino voló hacia Alemdar Caddesi. Intentaba vislumbrar el coche de alquiler con Ismet al volante.

<<¡Ahí está!>>. El descubrimiento le confirió nuevos bríos y se plantó en pocas zancadas ante el vehículo. Abrió la portezuela y entró como una exhalación.

 —¡Arranca! —gritó.

 —¿Fue todo bien? —preguntó Ismet—. ¿Le persiguen?

 —¡Perfectamente! No, no me persiguen. Pero ¡arranca de una vez! Ahora debemos alejarnos lo más rápido posible y alcanzar la parte asiática.

 —¡De acuerdo! —contestó Ismet mientras giraba la llave de contacto.

 El coche corrió por la avenida hasta alcanzar Ragip Gümüspala Caddesi y continuó por Galata Koprüsu. Juscelino consultó el reloj. Marcaba las 03.05 de la madrugada.

—¿Qué hará el vigilante del Pabellón de los Azulejos si pasa el tiempo y no entra nadie? ¿Dará la alarma? ¿Cuánto tiempo esperará? —preguntó impaciente, mirando a Ismet.

 —Los intervalos no son exactos —respondió éste—. Uno puede demorarse en cada edificio diez, quince, veinte minutos... No hay una norma específica. También puede pensar que su compañero ha subido a la primera planta. Eso nos da el margen de las tres y cinco o diez.

—¡Son las tres y cinco! ¿Qué ocurrirá ahora?

—Probablemente llamará a sus compañeros.

—Sólo le contestarán dos. Ya me he ocupado de anular los otros móviles.

Ismet se internó por Kemeralti Caddesi y prosiguió por Meclis–i Mebusan Caddesi. A continuación, pasó a todo gas por Dolmabahçe Caddesi.

—¿Cómo actuará a continuación? ¿Saldrá al exterior?

—No, no saldrá. No puede abandonar su puesto. Llamará al director o subdirector del Museo. Ellos solicitarán más personal de seguridad o tal vez llamen a la Policía. Luego se dirigirán al Museo para averiguar qué sucede.

Ismet llegó a Besiktas Caddesi y giró a la izquierda en el boulevar Barbaros

—Según eso podemos contar con una hora o algo más hasta que descubran a los vigilantes atados y el robo del mapa. Para entonces podemos poner de por medio una buena distancia. ¿Falta mucho para llegar al puente?

 —No, señor Gomes. Acabamos de incorporarnos a la O-1. Pronto cruzaremos Bogaziçi Koprüsü.

Juscelino abrió la ventanilla y observó con expectación. Al poco, advirtió la estructura del puente y el Bósforo a sus pies.

 —¡Vamos bien, Ismet! ¡Sigue así! Voy a consultar el plano para no desviarnos de la ruta el resto del camino.

Ismet conducía por Istambul Çevre Yolu,transitada ya por decenas de vehículos. Juscelino sacó el ordenador portátil y localizó en el plano su situación. Después, fue desplazándose con las flechas hacia el este hasta que Ankara entró en su radio de visión. Minimizó la imagen con el plano de carreteras y consultó la distancia.

 —Ankara se encuentra a unos 450 km. En unas cuatro horas, o cinco si hay algún atasco, podemos plantarnos allí. ¡La hora perfecta! —exclamó—. Ahora hay que estar atentos. Al llegar al desvío de Çamlinca, tomas por ahí. Luego sigues por la E-80 hasta unirte a la O-4.

 —Bien, señor Gomes.

A la altura de Düzce, Juscelino propuso hacer una pequeña pausa, que fue bien acogida por Ismet. Pararon en un área de servicio y tomaron un ligero piscolabis rematado con un café fuerte. Juscelino aprovechó para enviar un mensaje a don Fabio: <<OK. En ruta. Hablamos después>>.

 —Puedes echarte en el asiento trasero y descansar un poco —propuso Juscelino al regresar al vehículo—. Yo continuaré hacia la capital. Sólo debo seguir la carretera y tomar la salida de Ankara.

 —Gracias, señor Gomes. ¿Es Ankara nuestro destino?

 —No, iremos un poco más allá. Un poco más allá. Tenemos que aguardar la llegada de nuestro hombre y regresarás con él a Estambul. Mañana podrás estar en casa y con una buena pasta en el bolsillo.

—Eso es cuanto deseo —dijo Ismet y se acomodó lo mejor posible en los asientos y cerró los ojos. Su cuerpo fatigado se entregó al sueño, acunado por el ronroneo del coche, que Juscelino había puesto en marcha.

La tenue luz del amanecer iba sustituyendo las tinieblas de la noche, emanada por un sol que pugnaba por asomar en el horizonte teñido de mil colores. Juscelino avanzó hacia el astro luminoso cada vez más confiado y seguro de que todo había salido bien.